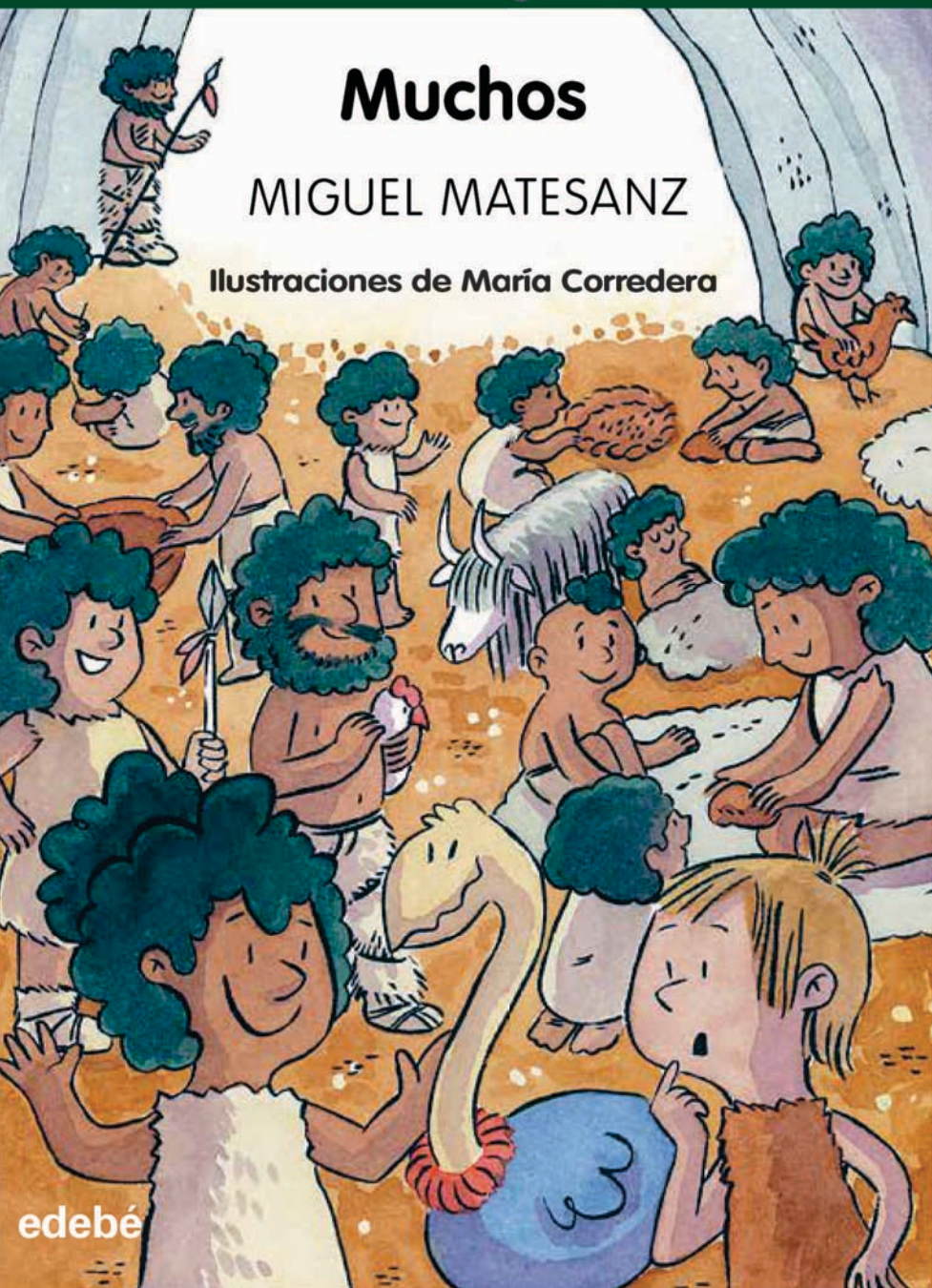


Muchos

MIGUEL MATESANZ

Ilustraciones de María Corredera





Muchos

MIGUEL MATESANZ

Muchos

Ilustraciones de María Corredera

edebé

© Texto: Miguel Matesanz, 2023
© Ilustraciones: María Corredera, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-6397-4
Depósito legal: B. 4643-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Capítulo uno	7
Capítulo dos	13
Capítulo tres	17
Capítulo cuatro	21
Capítulo cinco.....	25
Capítulo seis	31
Capítulo siete	39
Capítulo ocho	43
Capítulo nueve	49
Capítulo diez.....	53
Capítulo once	57
Capítulo doce	67
Capítulo trece	73
Capítulo catorce	79
Capítulo quince	85
Capítulo dieciséis	93
Capítulo diecisiete	99

Capítulo dieciocho	109
Capítulo diecinueve	115
Capítulo veinte	121
Capítulo veintiuno	127
Capítulo veintidós	133
Capítulo veintitrés	139
Capítulo veinticuatro	145

Capítulo uno

Estábamos en clase de Dedos, mi favorita, porque siempre he sido la más rápida contando de la Escuela Cueva, desde que era bien pequeña y gruñía mejor que los demás.

La maestra, que se llama Mamá, había dibujado un problema de los difíciles, con mamuts y papás con lanzas y algunos pájaros en el cielo, revoloteando por encima de las lanzas de los papás y de los cuernos de los mamuts. Muy lindo todo, aunque el cielo nunca queda bien en la pared de la cueva. El cielo de verdad es de un color que deslumbra y el cielo en el dibujo de Mamá te lo tienes que imaginar en la pared de piedra que usamos de pizarra.

Pues eso, que estábamos en clase de Dedos y Mamá nos preguntó cuántos papás con lanza y cuántos mamuts había en el dibujo. De

los pájaros no dijo nada, porque me imaginé que los había dibujado de relleno, por decorar y eso.

Tok, mi hermano mayor, miró el dibujo y levantó un dedo, pero enseguida se lo llevó a la nariz para rascársela. Contar nunca ha sido lo suyo.

Tak, mi hermana pequeña, acababa de descubrir a un bicho reptando a sus pies y de inmediato perdió el interés por el dibujo de Mamá. Contar tampoco es lo suyo. Lo suyo es pisotear a los bichos de la cueva en cuanto se le ponen por delante.

Los bichos de la cueva son un montón. Los hay de muchas clases: algunos vuelan, otros reptan por el suelo o por las paredes, y los hay que hacen ruido sin que llegues a verlos. Mamá dice que, si los dejamos en paz, ellos nos dejarán en paz. Pero Tak prefiere relacionarse con ellos pisoteándolos. Si yo soy buena con los dedos, ella es estupenda con los pies.

Me enrolló mucho, lo reconozco, pero no puedo remediarlo. Siempre se me ha dado



muy bien contar papás con lanzas y mamuts en la pared de la cueva, aunque contando historias soy un desastre. No es lo mismo contar con dedos que contar con palabras. Aunque esta historia tampoco es que sea demasiado complicada. Si la seguís con atención, lo entenderéis todo. Eso espero.

Mientras Tok se rascaba la nariz y Tak usaba sus pies, yo había ido levantando un dedo tras otro y ya había contado dos mamuts, tres papás con lanza y cinco pájaros en el cielo. Mal asunto. Lo de los pájaros daba igual, pero lo de tres papás con lanza contra dos mamuts tenía muy mala pinta.

Mamá siempre nos había explicado que, para tumbar a un mamut, eran necesarios cuatro papás con lanza, como mínimo. Los papás eran bastante grandes, pero mucho más grandes eran los mamuts. Yo todavía no había visto a ningún mamut de verdad, solo aquellos que Mamá dibujaba en la pared de la cueva. En cambio, sí que había visto a un papá, el nuestro, y era mucho más grande que

Tok y Tak y yo juntos. Papá era enorme, así que un mamut debía de ser tan grande como la colina en la que estaba nuestra cueva.

Papá nunca había tumbado a un mamut, porque habría necesitado la ayuda de otros tres papás con lanza, como mínimo, y en nuestra cueva solo había un papá con lanza que prefería tumbar animales más pequeños. Nosotros no necesitábamos tumbar a un mamut, porque éramos pocos: Tok, Tak, Mamá, Papá y yo, que me llamo Tik, se me había olvidado presentarme, aunque Mamá prefiere llamarme Tiki y Papá prefiere llamarme Tika.

Y luego está Kroketa, que fue quien apareció de repente en la entrada de la cueva sacudiendo su plumaje y manchando de barro la pizarra y el dibujo de Mamá mientras no paraba de cloquear bien alto:

—¡Muchos! ¡Muchos! ¡Muchos!